

Joan Coscubiela

La pandemia del capitalismo

Una lectura interesada de la crisis del coronavirus



Joan Coscubiela
**La pandemia del
capitalismo**

Una lectura interesada de la crisis del coronavirus

© Joan Coscubiela Conesa, 2021

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Primera edición: febrero de 2021

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Depósito legal: B. 1.440-2021
ISBN: 978-84-9942-970-0

ÍNDICE

Presentación	11
<i>Spoiler</i>	17

PRIMERA PARTE GLOBALIZADOS, DESCONCERTADOS, ENSIMISMADOS

1. Crisis globales que anticiparon la covid-19	27
2. No todo comenzó con el coronavirus	41
3. Mucha información, escaso conocimiento	56
4. La <i>hýbris</i> contemporánea	69

SEGUNDA PARTE ENCRUCIJADAS QUE NOS PLANTEA, ENSEÑANZAS QUE NOS OFRECE LA COVID-19

5. Perplejidad, desconcierto e incertidumbre	83
6. Las encrucijadas de la covid-19	91
7. Las enseñanzas del coronavirus	124
8. Analfabetos de la interdependencia	134

9. Competitividad ineficiente	143
10. Un modelo socioeconómico insostenible	150
11. La importancia de los bienes comunes, el valor de lo público	159
12. La educación, puerta de entrada al mundo de los derechos	165
13. La centralidad social del trabajo	169
14. La lucha de clases de la globalización: acreedores/deudores	179

TERCERA PARTE
LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA

15. ¿Democracia digital o ciberleviatán?	195
16. Medios de comunicación: ¿garantía o carcoma de la democracia?	226
17. Riesgos globales, gobernanzas locales	239
18. Empantanados, ensimismados y en decadencia	251

CUARTA PARTE
LA UTOPIA DE UN NUEVO PACTO CIVILIZATORIO

Capitalismo, <i>quo vadis?</i>	277
19. Para construir hay que imaginar	281
20. Mientras tanto	318
<i>Post scriptum</i>	367

PRIMERA PARTE

GLOBALIZADOS,
DESCONCERTADOS,
ENSIMISMADOS

CRISIS GLOBALES QUE ANTICIPARON LA COVID-19

Sepultados en la perplejidad a la que nos ha abocado la covid-19 podemos perder de vista que esta no es la primera crisis global que sufrimos las generaciones vivas. No me refiero ahora a epidemias sanitarias, sino a otras crisis que tienen sus causas profundas y sus factores desencadenantes en riesgos globales. El coronavirus nos confirma que hemos entrado en un período de la historia en el que los riesgos globales van a marcar nuestra existencia y nos van a someter, como ya ha pasado en las dos primeras décadas de este siglo, a un constante Dragon Khan.

En los últimos meses de 1999 mientras, ensimismados, discutíamos sobre si el tránsito al nuevo siglo se producía el primer día del año 2000 o debíamos esperar al 1 de enero de 2001, ya comenzamos a intuir que entrábamos en una época de riesgos globales.

2000. ERROR DEL MILENIO

A las puertas del cambio de siglo se desató el primer pánico global del nuevo milenio, al que se le puso el nombre de «efecto 2000». Y para que quedara clara su dimensión milenarista y apocalíptica, se lo pasó a llamar el «error del milenio». Todo tuvo su origen en un problema de *software*, causado por la norma no es-

crita entre los programadores de utilizar únicamente dos dígitos en las fechas, una manera de economizar espacio en el almacenamiento de datos, que luego se demostró arriesgada.

No era un riesgo impostado, a pesar de que, haciendo honor a nuestras tendencias negacionistas y conspiranoicas, se llegó a afirmar que solo era una burda maniobra para vender ordenadores y programas informáticos. La alarma tenía fundamentos, quizás exagerados, que se hicieron evidentes cuando una anciana nacida en 1888 —a efectos informáticos, en el año 88— recibió en su casa un formulario para que se matriculara en la escuela, cuando ya era centenaria.

Las noticias que llegaron a la ciudadanía de todo el mundo anunciaban los riesgos de caída de los programas informáticos que se hubieran programado con solo dos dígitos, al parecer la mayoría. Así, comenzó a temerse un colapso en las redes de suministro de energía, transportes o telecomunicaciones y, sobre todo, la pérdida de datos bancarios.

A pesar de las llamadas a la tranquilidad de empresas y autoridades, el pánico llenó de informaciones y debates los medios de comunicación, con programas de entretenimiento, hasta dar lugar incluso a series de televisión, entre ellas un capítulo de *Los Simpson*.

En ese estado de alarma se llegó al fin de año y quienes vivieron aquellos momentos igual recordarán el júbilo que se produjo cuando, después de las uvas de bienvenida al nuevo año, se constató que el peligro de colapso había sido superado. No sin algunos incidentes, entre ellos —creo recordar— un parón de algunos reactores nucleares, sin consecuencias para la seguridad. Quisiera destacar que en pocos meses pasamos de la percepción de estar ante un grave riesgo global para el mundo, el error del milenio, a la sensación de seguridad absoluta por haberlo superado gracias a nuestro control de la tecnología.

Recordar el error del milenio es una oportunidad para llamar

la atención sobre los nuevos riesgos que nos acechan: los virus informáticos, una de las grandes amenazas modernas, como se puso de manifiesto con WannaCry en 2017. También para alertarnos del riesgo de que los grandes avances en neurotecnología, sin códigos éticos que los gobiernen, pueden ocasionar una pandemia ética que deteriore gravemente los derechos humanos. Son realidades emergentes que expresan, al mismo tiempo y de manera contradictoria, la potencialidad de la tecnología y sus riesgos.

La digitalización nos ha servido para dar respuesta a algunas de las consecuencias de la pandemia de la covid-19 y a minimizar sus efectos. Esta dinámica de mayor digitalización de nuestras vidas puede traernos buenas noticias —en función de cómo se utilice—, pero también aumenta nuestra dependencia de ella y, en consecuencia, la dimensión de sus riesgos. Mejor no olvidarlo, no sea que la próxima crisis global se nos presente por ese flanco.

2001. LLEGA EL TERRORISMO GLOBAL

Los avances tecnológicos con los que se presentó el siglo XXI proporcionaban una sensación de seguridad que no tardó en desvanecerse. El 11 de septiembre de 2001 nos topamos de bruces con lo que a partir de aquel momento sería considerado el mayor riesgo mundial, el terrorismo global.

Cuatro atentados suicidas cometidos en los Estados Unidos por la red yihadista Al Qaeda causaron más de tres mil muertos y seis mil heridos, y, además, nos abocaron a un estado de conmoción como nadie, al menos de mi generación, recordaba. Con escasa y poco sofisticada tecnología, los terroristas demostraron una capacidad de destrucción brutal, nuestra absoluta debilidad como sociedad y, sobre todo, dejaron claro la importancia que iban a tener a partir de entonces los riesgos globales.

Con posterioridad, se han vivido sucesos dramáticos en Madrid, Londres, París, Niza, Boston, Barcelona y muchas otras ciudades, especialmente en los países que son el epicentro del terrorismo y donde más muertes se producen, aunque parece que no existan en nuestro peculiar cómputo de vidas truncadas.

La reacción securitaria frente al terrorismo global, con una declaración de estado de guerra permanente decretado por Estados Unidos y sus aliados, lejos de garantizar la seguridad y la libertad, ha generado una ola de restricciones de los derechos civiles cuando no su flagrante violación. Ha provocado la desestabilización de países y regiones enteras y está en el origen de las sucesivas crisis de los refugiados, además de actuar como caldo de cultivo ideológico perfecto para el auge del nacional-populismo de la extrema derecha 2.0.

2008. LA GLOBALIZACIÓN FINANCIERA MUESTRA SUS MISERIAS

En el terreno económico, se han ido acumulando crisis —desde la del petróleo de 1973, en el origen de la revolución conservadora de Margaret Thatcher y Ronald Reagan— que nos advierten de la insostenibilidad del modelo socioeconómico en el que estamos instalados.

De todas, la de mayor impacto sufrida en tiempos de paz por las generaciones vivas, hasta presentarse la covid-19, ha sido la Gran Recesión. Nos envió sus primeras señales con el pinchazo en 2006 de la burbuja inmobiliaria en Estados Unidos, continuó con la crisis de las hipotecas *subprime* y la subsiguiente quiebra de entidades financieras y de aseguramiento a partir de agosto de 2007, para convertirse en una crisis financiera global en 2008, que terminó en recesión a partir de 2011.

En cómo se expandió por gran parte del mundo no hace falta

insistir, porque en España aún estamos pagando sus facturas. Un aumento brutal de las desigualdades y la pobreza, un crecimiento desmesurado del endeudamiento público como consecuencia del rescate del sistema financiero y la conversión en deuda pública de la deuda privada de entidades financieras y empresas. Operación de la que, por cierto, se aprovecharon nuestros acreedores, que vieron cómo, con recursos públicos y endeudamiento, salimos al rescate de sus créditos e intereses privados.

Con la mirada de hoy resulta evidente que la crisis financiera de 2008 nos envió claros mensajes de la insostenibilidad de nuestro modelo socioeconómico, de la fuerza destructora de los riesgos globales y de nuestra indefensión ante ellos. Tan evidente como que no hicimos mucho caso de esas señales y continuamos ignorando estos riesgos y sus efectos letales.

Ante el desconcierto que nos genera comprobar que las instituciones y estructuras sociales y políticas creadas durante los últimos siglos no nos sirven, hemos reaccionado buscando nuevas respuestas. Este creo que es el factor común que recorre buena parte de los procesos sociales y políticos de las últimas décadas en el mundo. Desde la puesta en marcha de potentes movimientos alterglobalizadores que reivindican una globalización con derechos sociales y protección de los bienes comunes. Movimientos democratizadores, como las «primaveras árabes», o movilizaciones con objetivos regeneracionistas de la democracia, como el 15M en España o el Occupy Wall Street en Estados Unidos. Mas allá del balance que se pueda hacer de cada uno de ellos o en su conjunto, lo que quiero señalar es que forman parte de estas reacciones locales a una crisis de dimensión global.

En paralelo hemos asistido al auge de movimientos sociales que ya existían, pero a los que estas crisis han ofrecido la oportunidad de asumir un mayor protagonismo, como son el ecologismo y el feminismo. Comparten la capacidad de agrupar transversalmente intereses comunes de amplios sectores sociales, como la

sostenibilidad o las reivindicaciones de género como conquistas de ciudadanía. Aportan respuestas universales a un mundo que es cada vez más interdependiente, pero donde al mismo tiempo se han generalizado las actitudes individualistas y corporativizadas.

Frente a estas reacciones que miran al futuro, han aparecido con mucha fuerza otras que buscan en el pasado la respuesta a la crisis de nuestras estructuras sociales y políticas. Me refiero a las diversas reacciones de matriz nacionalista, también al resurgimiento de una extrema derecha que ha mutado en nacional-populismo sin abandonar sus orígenes.

ESCOCIA (2014). BREXIT (2016). *PROCÉS* (2017)

Aunque analizarlos conjuntamente pueda parecer algo simplista —teniendo en cuenta la diversidad de factores históricos, contemporáneos, económicos y culturales—, en los procesos que dan título a este apartado hay un elemento común. Se trata de dinámicas en que las comunidades nacionales buscan la seguridad en la ciudadela protectora de los Estados nación. No son las únicas, también lo hacen Estados consolidados como es el caso de los Estados Unidos de Trump, la Turquía de Erdogan, la India de Modi, el Brasil de Bolsonaro y en Europa, países como Hungría o Polonia.

El desconcierto en el que estamos instalados nos conduce a negar la propia existencia de los riesgos globales y, al mismo tiempo, buscar protección en aquello que nos resulta conocido, la familia, la tribu, la religión y la nación. Lo que muchas veces nos conduce a actitudes de ensimismamiento.

Sucedió con la reivindicación independentista de Escocia, que culminó en el referéndum de septiembre de 2014, solo dos meses antes de que en Catalunya se celebrara la consulta del 9 de noviembre. Más allá del resultado, que confirmó lo dividida so-

cial y territorialmente que está la sociedad escocesa, y de los debates que centraron la campaña, lo que me parece más significativo es la pretensión del movimiento independentista escocés de avanzar hacia un futuro propio, volviendo a la situación anterior a 1707, fecha en la que se firmó el Acta de Unión que dio lugar a la creación del Reino Unido.

Si Escocia quiere marcharse del Reino Unido para tener un Estado propio, en paralelo Gran Bretaña ha acordado en referéndum salir de la Unión Europea para recuperar su soberanía perdida: así se justificó la campaña a favor del Brexit en el referéndum de 2016. En una dirección incierta, con una ruta desconocida y sin cuaderno de bitácora. Son pretensiones sin duda legítimas y que no pueden despacharse de manera simple, como en ocasiones se hace torpemente. Pero que, a la vista de los procesos de globalización y ahora del impacto de un riesgo global como la covid-19, nos llevan de nuevo a preguntarnos qué significa hoy exactamente la soberanía.

El Brexit, como todos estos procesos, tiene una fuerte carga emocional y expresa, además de claros intereses económicos y políticos, algunos factores de psicología colectiva que nos permiten entender algo mejor esta búsqueda de seguridad en el claustro materno de los Estados nacionales.

Para intentar explicarme utilizaré las reflexiones que sobre el Brexit ha hecho un irlandés, Fintan O'Toole, en *Un fracaso heroico. El Brexit y la política del dolor*.¹ Su análisis comienza con una seductora idea sobre la personalidad del pueblo inglés, que creo sirve para entender muchos otros conflictos.

Este periodista y analista político afirma que toda la lógica del Brexit gira alrededor del potente placer de autocompasión que siente la sociedad inglesa. Nos aclara que, en contra de lo que pa-

1. Fintan O'Toole, *Un fracaso heroico: El Brexit y la política del dolor*, Madrid, Capitán Swing, 2019.

rece, la autocompasión no es sinónimo de baja autoestima, sino una peculiar forma de egocentrismo. Porque permite combinar sentimientos que a simple vista parecen contradictorios pero que en el fondo son complementarios: un intenso sentimiento de agravio frente a terceros y un igual de profundo sentido de superioridad.

O'Toole relaciona estos factores emocionales con explicaciones políticas muy potentes. El nacionalismo inglés es al mismo tiempo un nacionalismo imperial que tiene como objetivo dominar el mundo —con referencias a su pasado y la nostalgia que le produce— y antiimperial, por la voluntad de quitarse de encima cualquier dominio de un poder externo, aunque en este caso sea el poder de la Unión Europea, compartido y voluntariamente asumido.

Si lo pensamos, esta característica no es específica de la nación inglesa, sino compartida por muchas sociedades, especialmente las que han ejercido funciones de imperio en algún momento de su historia. Es perfectamente aplicable a España y a sus ancestrales dificultades para entender un Estado plurinacional con soberanías compartidas. También a las naciones que en algún momento de su historia han tenido una presencia muy importante en el mundo y que ahora ni tan siquiera pueden lucir la condición de Estados. En Catalunya, algunos planteamientos independentistas combinan este sentimiento nacionalista frente al Estado español con un simultáneo sentimiento imperial, que fija la mirada en los siglos XIII y XIV, cuando, en el marco de la Corona de Aragón, Catalunya controlaba buena parte del Mediterráneo. De ahí nace el imaginario de los «*Països Catalans*» referido a todos los territorios de habla catalana, para los que se exige también reconocimiento político, en una reconstrucción de sueños imperiales con ciertos tics imperialistas, bastante obsoleta para los tiempos que vivimos.

Es esa idea de O'Toole de la autocompasión en la que están inmersas algunas comunidades, que combina un profundo senti-

do de agravio y, al mismo tiempo, de superioridad, la que nos permite explicar algunas de las causas de estas crisis locales, vinculadas a sentimientos de identidad, y que la globalización ha acentuado.

2011-2020. EMPANTANADOS Y ENSIMISMADOS

Ya advertí, solo comenzar estas páginas, que mis reflexiones nacen en la pequeña baldosa que ocupo en el mundo, por lo que a nadie le extrañara que fije mi mirada en el «conflicto catalán», que aún permanece abierto, sin soluciones y ni tan siquiera salidas, al menos de momento. Se trata de un conflicto con muchos enfoques posibles y una complejidad a la que intenté ofrecer una lógica explicativa en *Empantanados*.

Ahora, me interesa destacar un aspecto que en ocasiones pasa desapercibido: su fuerte interrelación con la Gran Recesión de 2011. No solo porque se produjera en el mismo escenario temporal, sino porque uno de los detonantes del auge del movimiento independentista, de sus reivindicaciones y del conflicto posterior fue el impacto que, en las condiciones de vida, en los recortes en derechos y prestaciones sociales de la ciudadanía de Catalunya, tuvo la crisis financiera iniciada en 2008. Y en la reacción que ello suscitó en la sociedad catalana, en especial en sus capas medias, compuestas hoy mayoritariamente por una mesocracia con fuerte presencia de la función pública. Las consecuencias de la recesión de 2011 dotaron de fundamento material a los factores más emocionales o ideológicos del independentismo tradicional. Y ello ha sido determinante para su crecimiento y para la superación de las fronteras sociológicas dentro de las que el independentismo se había recluso de manera voluntaria hasta aquel momento.

También porque lo que se ha venido a llamar *procés* es en buena parte una reacción que enlaza factores históricos nunca

bien resueltos —el reconocimiento de la identidad nacional de Catalunya y de la plurinacionalidad del Estado español— con otros, como la inadaptación social al impacto de la globalización y a sus crisis. Todo ello se concreta en la exigencia de una soberanía nacional más propia de los siglos XIX y XX que del XXI. En alguna ocasión ya he escrito que el independentismo catalán pretende, en una ucrónica y nostálgica reivindicación, conseguir en el siglo de la globalización lo que no pudo alcanzar en el siglo de los Estados nacionales, el reconocimiento como Estado propio de Catalunya.

Esa constante interrelación entre globalización y ensimismamiento nacional, que no es exclusiva de Catalunya, tiene momentos muy significativos. En el verano de 2017, en pleno clímax del conflicto, cuando el independentismo se había enclaustrado en una estrategia que combinaba la ficción y astucia de sus dirigentes y un significativo nivel de disonancia cognitiva de sus bases, se produce en Barcelona el dramático atentado terrorista del 17 de agosto, con su réplica en Cambrils.

Quisiera recordar que en aquel momento la agenda catalana y española estaba marcada por debates ensimismados. Se debatía si el Parlament iba a iniciar o no sus sesiones de manera excepcional el 16 de agosto —después de una «astuta» reforma del Reglamento de la Cámara—. Se discutía sobre quién iba a correr el riesgo político y penal de desobedecer las sentencias del Tribunal Constitucional; se debatía entre las bambalinas si se podía exigir que fuera la presidenta del Parlament de Catalunya, Carme Forcadell, la que asumiera en solitario estos riesgos, que otros habían diseñado en su astuta estrategia, o bien debían socializarse sus consecuencias. Este y otros debates que, con la perspectiva que ofrece el paso del tiempo, confirman esa tendencia al ensimismamiento.

Se estuvo discutiendo durante semanas sobre si se podía aprobar la ley de convocatoria de un referéndum unilateral de autodeterminación de Catalunya y la ley de transitoriedad jurídica

—desde la Constitución española y el Estatuto de Autonomía al nuevo marco constitucional de la República catalana—. A los efectos de la mirada que ahora quiero fijar, lo de menos es el espejismo jurídico y la barbaridad democrática de pensar que eso se podía hacer con una mayoría menor a la que exige el Estatuto de Autonomía para su reforma o que se podía llevar a cabo contra las decisiones del Consejo de Garantías Estatutarias de Catalunya y las sentencias del Tribunal Constitucional. Lo que ahora quiero destacar es que el nivel de ensimismamiento al que se había llegado no se rompió ni tan siquiera después del atentado terrorista del 17 de agosto en Barcelona y su reguero de muertes, aunque en los primeros días pudiera parecer lo contrario.

El llamado «choque de trenes» entre el independentismo catalán y el Estado español, que más bien fue el «juego del gallina» entre las fuerzas independentistas catalanas —al estilo de la película *Rebelde sin causa*— siguió su curso y terminó imponiéndose en la agenda política catalana y española. Hoy, continúa siendo su principal fuerza motora, demostrando que el ensimismamiento del *procés* tenía más capacidad de arrastre social que las preocupaciones provocadas por el terrorismo global.

Esta extraña pareja entre globalización y ensimismamiento se ha vuelto a poner de manifiesto a raíz de la epidemia del coronavirus. En los primeros meses de 2020, en Catalunya se estaba discutiendo sobre unos presupuestos de la Generalitat cogidos con pinzas. En España se intentaba encontrar una salida, que no solución, al conflicto generado por el *procés*, a partir de una mesa de diálogo entre el Gobierno español y el catalán. La atención mediática giraba en torno a la pugna insomne entre ERC y los neoconvergentes por la mayoría parlamentaria, ya no en la República catalana sino en unas próximas elecciones autonómicas, que ambos han demonizado en mil ocasiones, tantas como después han asumido como espacio para librar su contienda por el control del gobierno autonómico.

Incluso se discutía sobre la delirante idea del presidente Quim Torra de desobedecer su inhabilitación —que en aquellos momentos se presumía cercana— encerrándose en su despacho para hacerse desalojar por la Guardia Civil. Hasta que algunos de sus consejeros le tuvieron que recordar que quien iría a desalojarlo no sería la Guardia Civil, sino los *mossos* de la policía autonómica. Fue entonces cuando, en un capítulo más de la insomne batalla por el control del gobierno autonómico —disfrazada de construcción de la República catalana—, el presidente Quim Torra anunció que consideraba roto su gobierno y que, una vez aprobados los presupuestos, convocaría de manera anticipada las elecciones, compromiso que no cumplió.

En ese mismo momento, uno de los grandes riesgos de un mundo globalizado, los coronavirus, explotó en nuestras caras y nos sacó de nuestro ensimismamiento. De golpe, los gobiernos se vieron obligados a provocar un coma inducido de la economía mundial y acordar el confinamiento de la ciudadanía, en diferentes grados en función de cada país.

Aún hoy, cuando escribo estas páginas, con una vacuna en ciernes pero sin tratamientos eficaces que nos protejan, intentamos adaptarnos a esa nueva realidad, al tiempo que nos esforzamos por entender la dimensión de las disrupciones que está provocando el coronavirus. Comprender cuáles son las disyuntivas que se nos abren, las enseñanzas que nos interesa retener, y los nuevos riesgos que emergen —también las oportunidades que se nos presentan— debería ser un compromiso colectivo.

En Catalunya volvemos a disponer de otra oportunidad, de otra pista de aterrizaje para cerrar la etapa del *procés*, tal como la hemos conocido en los últimos años. Que nadie espere que la reivindicación independentista desaparezca o se diluya, tampoco que se sepa encontrar la solución sistémica a un conflicto que hasta ahora se ha resistido a entrar en la senda del diálogo. Pero sí podemos y deberíamos aspirar a cambiar nuestra mirada y buscar en

el terreno de una consensuada reconstrucción económica y social lo que no encontramos en el conflicto político. En los capítulos finales esbozaré algunas pautas de cómo creo se puede construir esta nueva pista de aterrizaje.

Todo parece apuntar a que el fuerte impacto económico y social que está teniendo la covid-19 puede provocar un cambio en las inquietudes y las prioridades de la ciudadanía de Catalunya. Y por esa vía se pueda colar una posible salida al conflicto que, como ya apunté en *Empantanados*, solo puede venir de la lógica de pactar los desacuerdos, que tan bien conocen y practican los sindicalistas. Aunque no deberíamos descartar que, una vez más, no seamos capaces de construir esta salida y que en el futuro además de empantanados nos quedemos ensimismados en nuestras cosas, mientras la globalización avanza y nosotros nos situamos fuera de juego en este nuevo reparto de cartas que siempre se produce en los momentos de cambio de época como el que estamos viviendo.

O se aprovecha la oportunidad que nos ofrece la disrupción generada por la pandemia de la covid-19 o me temo que vamos abocados a una de las etapas de decadencia que tan bien describió en 1954 Jaume Vicens Vives en su *Noticia de Catalunya* y que, según nos explicó, suelen venir después de los momentos en que la sociedad catalana se instala en la «exasperación, el sentimentalismo, la *rauxa* y el vapuleo».²

ENTRE LA CRISIS IGNORADA Y LA PANDEMIA OCULTA

Podríamos continuar poniendo ejemplos de cómo esos riesgos globales han desfilado ante nosotros en las últimas décadas. En el

2. Jaume Vicens Vives, *Noticia de Catalunya*, Barcelona, Destino, 1954 (revisión de 1960).

terreno de la salud pública, desde la enfermedad de las vacas locas, el SARS-CoV, la gripe aviar de 2005, la gripe porcina de 2009 y el ébola de 2014, sin olvidar por supuesto la pandemia del sida —que provocó 770.000 muertes durante el año 2018—, para la que aún no hay vacuna. Por ello y ante la evidencia de que el coronavirus no es ni una anécdota puntual ni una excepción, sino que forma parte de la cotidianeidad que nos depara el futuro, no deja de sorprender la escasa atención que le prestamos a lo que puede ser la próxima crisis global, la ecológica.

Disponemos de más información que ante ningún otro escenario futuro, hablamos cada vez más de ella, le dedicamos grandes eventos, incluso es la protagonista de importantes movilizaciones sociales, pero de nuestros actos no se desprende que hayamos adquirido conciencia real de los graves riesgos que comporta. Quizás porque percibimos sus impactos diluidos en el tiempo o por la falsa creencia de que se trata de un riesgo que afecta a las generaciones futuras. O, quizás, porque como pasa con los coronavirus, este tipo de crisis nos pillan siempre desprevenidos, a pesar de las muchas advertencias previas que nos envía.

Si la ecológica resulta ser una crisis ignorada, el orden ultraliberal en el que estamos inmersos actúa como una pandemia oculta. El filósofo alemán Markus Gabriel ha llegado a calificarla como la cadena infecciosa del capitalismo, para expresar su convencimiento de que en el origen de estas crisis se encuentra un sistema socioeconómico insostenible. La crisis provocada por la covid-19 nos ofrece la posibilidad de hacer visible la gran pandemia oculta de un sistema socioeconómico que nos viene demostrando una gran capacidad destructora. Y de esforzarnos por imaginar alternativas a lo que quizás sea una crisis más profunda, de civilización.